GUILLERMO DEL TORO

# LOS SERES HUECOS

LAS CINTAS DE BLACKWOOD VOL. 1

CHUCK HOGAN

Un crimen inexplicable, una agente del FBI novata y un héroe extraordinario.

La vida de Odessa Hardwicke descarrila cuando se ve obligada a disparar a su compañero, un agente federal que pierde el control de forma inexplicable durante la captura de un violento asesino.

El disparo, en defensa propia, conmociona a la joven agente, pero lo que más inquieta a Odessa es el ente espectral que le ha parecido ver desprenderse del cuerpo de su compañero fallecido.

Hardwicke, que duda de su cordura y de su futuro en el FBI, acepta encargarse de recoger las pertenencias de un agente jubilado en la oficina de Nueva York.

Lo que encuentra allí la pondrá sobre la pista de una figura misteriosa: Hugo Blackwood, un hombre tremendamente rico que asegura llevar siglos vivo y que o está loco de remate o es la mejor y única defensa de la humanidad frente a un mal indescriptible.

De los autores de la *Trilogía de la Oscuridad* nos llega un mundo de suspense, misterio y terror literario siniestramente extraño, terrorífico y asombroso. «Los seres huecos» es un relato cautivador y escalofriante, una nueva fábula conmovedoramente original del oscarizado director Guillermo del Toro y del reconocido autor Chuck Hogan, protagonizada por su personaje más fascinante hasta la fecha.

*CH:*
*A Richard Abate*

*GDT:*
*A Algernon Blackwood, lord Dunsany y Arthur Machen*

Los lectores astutos quizá sepan ver en el nombre de nuestro protagonista un homenaje a uno de nuestros autores más admirados, Algernon Blackwood, precursor del llamado subgénero del «investigador de lo oculto». Aunque algunos ritos religiosos se han adornado aquí para mayor dramatismo, cualquier error es involuntario. No obstante, quisiéramos señalar que la profanación de tumbas en Nueva Jersey, por motivos esotéricos, no es ficción ni cosa del pasado. Sucede. En nuestros días.

# PRELUDIO: el buzón

Encajada entre dos edificios del distrito financiero de Manhattan, el 13 y el 15 de Stone Street, hay una finca estrechísima que consta oficialmente como el 13 y medio de esa calle. De aproximadamente metro veinte de ancho y compuesta por una franja de piedra colonial que recorre de arriba abajo el espacio entre los dos edificios y termina unos diez metros por encima del suelo, no sirve para otro propósito aparente que albergar un corrientísimo buzón eduardiano de hierro fundido, que no posee ornamentos ni características distintivas, salvo una enorme ranura para los sobres, y no presenta puertecilla ni cerradura para la recogida del correo depositado allí.

Detrás del buzón, un trozo macizo de piedra y argamasa.

La escritura de este minúsculo misterio urbano data de la época colonial holandesa y la firma Lusk & Jarndyce ha venido abonando puntualmente los impuestos correspondientes desde 1822. Antes de eso, solo se encuentran referencias al inmueble, siempre en perfecta situación jurídica.

La mención más antigua al buzón se remite de hecho a un panfleto publicado en lo que entonces se llamaba Nueva Ámsterdam: *El relato más completo de las vicisitudes de Jan Katadreuffe y su ascenso final y virtuoso al Reino de Nuestro Señor*. En dicho panfleto, publicado por Long and Blackwood en 1763, en folio y a cuatro páginas, un acaudalado comerciante de especias hace un trato con el demonio para garantizar la llegada de sus barcos y cargamentos. Los

barcos llegan, pero a partir de ese momento se desata un espíritu maligno que tortura al comerciante, todos los días al anochecer, mordiéndole de forma salvaje, arañándole la espalda y montando su cuerpo como un jinete mientras el alma descarriada grita, presa de un sufrimiento absoluto, y comete actos pecaminosos de extraordinaria violencia.

En el drama, un seglar, en un intento de ayudar, le habla a un docto sacerdote de una posible solución: «… El buzón de hierro de la calle mayor, allí se halla para sus desgracias recibir. Una carta sellada lleva el nombre de Blackwood. Y al caer la noche con vos se reunirá…». El cura propone al Señor y los sacramentos como única solución viable. Katadreuffe paga un sinfín de misas y queda liberado de su tormento solo unas horas antes de fallecer, purificado.

Una lápida pequeña y modesta recuerda su defunción. La lápida, situada en el lado de Rector Street de Trinity Church, reza lo siguiente:

> AQUÍ YACE EL CUERPO DE JAN KATADREUFFE, ANTIGUO COMERCIANTE DE ESPECIAS Y MADERAS QUE PARTIÓ DE ESTE MUNDO EL 16 DE OCTUBRE DE 1709, A LOS 42 AÑOS.
> RECORDAD, CUANDO POR AQUÍ PASÉIS, QUE COMO AHORA SOIS YO UNA VEZ FUI, Y COMO AHORA SOY PRONTO SERÉIS.
> PREPARAOS PARA LA MUERTE Y SEGUIDME…

A lo largo de los siglos, el 13 y medio de Stone Street ha resistido muchos litigios: de demarcación urbana, corporativos y de otros tipos. Cada una de esas batallas legales se ha ganado con un gasto considerable. Y por eso el buzón sigue ahí, un misterio a plena vista. La mayoría de los transeúntes pasan por delante si verlo siquiera.

Hace un decenio, una gran compañía aseguradora con sede en la acera de enfrente instaló tres cámaras de seguridad. El encargado de supervisarlas pudo atestiguar que, aunque llegan al buzón algunas cartas (más o menos una

cada tres semanas), nadie las recoge, pero el buzón tampoco rebosa nunca.

De ese pequeño enigma se ha corroborado una cosa repetidas veces a lo largo de los siglos: cada sobre que llega al buzón es una carta de necesidad imperiosa, un grito de ayuda desesperado, y todos y cada uno de los sobres van destinados a la misma persona: Hugo Blackwood.

*2019, Newark, Nueva Jersey*

Odessa soltó la carta y echó un vistazo por el Soup Spoon Café en busca de las ofertas. Las encontró, en una pizarra blanca cerca del pequeño mostrador de recepción, escritas en mayúsculas con rotulador rojo. Por alguna razón, aquella caligrafía le trajo a la memoria un recuerdo hacía tiempo olvidado de sus días en la Academia del FBI, en Quantico, Virginia.

El profesor de Ciencias de la Conducta dibujaba las definiciones de homicidio con un rotulador rojo deleble en la gran pizarra que había frente al auditorio. La diferenciación, les explicaba, no tenía nada que ver con los propios homicidios, su gravedad, método o modo, sino más bien con el período de reflexión entre ellos.

«El sello del asesino en serie es su ciclo: pueden pasar semanas, meses o incluso años entre homicidios. El asesino de masas mata en un entorno concreto, dentro de una franja horaria fija, totalizando un mínimo de cuatro homicidios conocidos en rápida sucesión, sin respiro o con escaso respiro entre ellos. El asesino compulsivo mata en múltiples entornos, normalmente durante un período breve, de entre uno y varios días o semanas. Está relacionado con el asesino desbocado, un solo individuo que asesina a múltiples personas en un único acto homicida».

Las dos últimas clasificaciones podían solaparse. Un caso difícil de clasificar, y que en general se consideraba la primera matanza de un asesino compulsivo en Estados Unidos, había tenido lugar a ciento veinte kilómetros al sur de

la cafetería donde la agente se encontraba en ese momento.

El 6 de septiembre de 1949, Howard Unruh, un veterano de la Segunda Guerra Mundial de veintiocho años, salió de la casa de su madre en Camden, Nueva Jersey, vestido con su mejor traje y una pajarita a rayas. Había discutido con su progenitora en el desayuno y ella había ido corriendo a casa de sus vecinos a decirles, histérica, que temía que algo horrible estuviera a punto de ocurrir.

Unruh entró en el pueblo armado con una Luger alemana y treinta balas de nueve milímetros. En un lapso de doce minutos, disparó y mató a trece personas e hirió a tres más. En una farmacia, una barbería y una sastrería. Aunque se demostró que su deseo de matar era premeditado (después se descubrió que tenía una lista de enemigos en su diario), entre sus víctimas había una mezcla de objetivos prioritarios y personas que habían tenido la mala suerte de cruzarse en su camino aquel espléndido martes por la mañana. Tanto las víctimas como los testigos oculares coincidieron en que ese día Howard parecía como en trance, aturdido.

Para cualquier persona ajena a las fuerzas del orden, la clasificación de un delito importa poco. Lo único verdaderamente importante es que, durante más de sesenta años, el tiroteo de Unruh se consideró la peor masacre de Nueva Jersey.

Hasta la noche en que Walt Leppo pidió rollo de carne picada.

—¿Está recién hecho? —le preguntó a la joven camarera al volver del aseo de caballeros.

—Sí, desde luego —contestó ella.

—¿Me harías un favor, entonces? —le dijo él—. ¿Podrías mirar si os quedan una o dos rodajas de la comida, que a ser posible lleven unas horas bajo la lámpara infrarroja, supersecas y con los bordes tostados?

La camarera le sostuvo la mirada un instante, intentando decidir si le estaba tomando el pelo. Sería estudiante, muy posiblemente de alguna de las facultades de Derecho cercanas. Odessa se había pagado hasta tercero de Derecho en Boston sirviendo mesas y recordaba vivamente la inquietud que le producía que determinados clientes varones le hicieran peticiones culinarias espeluznantes rayanas en el fetichismo, hombres por lo general solitarios, a los que seguramente les habría gustado pedir mujeres a la carta, no solo comida.

La camarera se volvió hacia Odessa, sentada enfrente de Leppo, y la agente le dedicó una sonrisa de aliento, confiando en tranquilizarla.

—Voy a ver —dijo.

—Gracias —respondió él, cerrando la carta y entregándosela—. Por cierto, prefiero los extremos. —La joven se fue con las comandas—. En casa llamábamos "talones" a los extremos —le comentó a su compañera.

Odessa asintió con la cabeza, fingiéndose fascinada.

—Psicópata —le dijo cariñosamente.

Walt se encogió de hombros.

—¿Porque me gusta el rollo de carne picada como lo hacía mi madre?

—Ay, Dios, añade fijación oral.

—Te voy a decir una cosa, Dessa: todo se puede sexualizar. Todo. Hasta un rollo de carne picada, por lo visto.

—Apuesto a que también te gustan las tostadas requemadas.

—Como el carbón. Pero ¿aún no sabes que la normativa prohíbe a los agentes novatos perfilar a los veteranos?

Los dos se volvieron hacia el ventanal del Soup Spoon Café cuando empezaron a repiquetear en él las primeras gotas de lluvia.

—Genial —dijo Leppo.

Odessa miró el móvil. La *app* del tiempo mostraba una masa de precipitación en tonos jade y menta que se acer-

caba a Newark a modo de nube de gas tóxico. Giró el dispositivo para enseñárselo a su compañero. Casualmente la agente se había dejado el paraguas junto con la Remington 870 del calibre doce en el maletero del coche, aparcado a media manzana de allí.

—La lluvia de Jersey —dijo Leppo, desdoblando la servilleta— es como bañar a un perro a manguerazos: se moja todo, pero no se limpia nada.

Aquel nuevo "leppoísmo" hizo reír a Odessa, que miró afuera, donde cada vez más gotas ametrallaban el cristal. Las pocas personas que había en la calle circulaban ya más rápido, con una especie de urgencia indefinida.

Todo se aceleraba.

En el preciso instante en que Leppo preguntaba por el rollo de carne picada (como constataría después la cronología), a una veintena de kilómetros al norte de Newark, Evan Aronson aguardaba a que su aseguradora, que lo tenía en espera escuchando rock suave de los setenta, le explicara el suplemento que le habían cobrado por una visita a Urgencias. En la reunión de los diez años de su promoción de Rutgers, hacía unas semanas, se había distendido el bíceps izquierdo recreando el tradicional salto de madrugada al baño portátil, instaurado por su fraternidad, con la intención de ganar a su antiguo compañero de cuarto, Brad «Boomer» Bordonsky, pese a que este había engordado unos quince kilos desde la graduación.

Mientras aguantaba otro de los grandes éxitos de Styx, Evan levantó la vista de su mesa en la oficina de Charter Airliners, en el aeropuerto de Teterboro, y vio salir del hangar de aviación privada cercano un último modelo de Beechcraft Baron G58. El piloto, alto y cincuentón, que vestía pantalón de deporte gris, suéter de manga larga y sandalias, bajó de la cabina de aquel carísimo bimotor de pistón

y volvió al hangar, dejándolo en marcha. Uno de los empleados intercambió con él unas palabras y se fue.

Al poco, salió el piloto con una llave inglesa enorme.

Un piloto no repara aviones, sobre todo si es suyo, y menos aún con los dos motores de trescientos caballos encendidos y las hélices girando más rápido de lo que el ojo humano puede captar. Evan se levantó de la silla para ver mejor y se quedó allí plantado, con el brazo izquierdo en cabestrillo, sosteniendo con la mano derecha el auricular del teléfono, fijo, conforme a la normativa de radiofrecuencia aeroportuaria.

Aun con el ruido de la turbina, oyó un fuerte chasquido y un crujido casi simultáneos. El golpe se repitió, pero no conseguía ver al piloto, que debía de estar trabajando detrás del fuselaje. Entonces el tipo alto rodeó la avioneta hasta el ala más cercana y lo vio aporrear con la llave inglesa la luz de navegación, reventándola, aplastando la tulipa de plástico rojo, cuyos fragmentos cayeron al asfalto al tiempo que se fundía la bombilla.

Evan soltó un aspaviento, horrorizado ante semejante acto vandálico contra una avioneta que valía millones de dólares. Se acercó más, tirando todo lo posible del cable del teléfono, mientras sonaba de fondo la balada «Lady», extraño contrapunto al destrozo que el tipo estaba haciendo en su propio avión.

Aquellas aeronaves privadas de gama alta se mimaban como si fueran mascotas y eran objeto de un mantenimiento tan riguroso como el de los coches de carreras. Lo que estaba haciendo aquel hombre era equivalente a sacarle los ojos con un destornillador a un buen caballo de carreras.

No podía ser el dueño, decidió. Alguien estaba causando daños de miles de dólares a aquella avioneta, y puede que incluso robándola.

—Señor Aronson, tengo su expediente delante… —se oyó la voz del comercial de la aseguradora, pero Evan había soltado el auricular, que había caído con gran estrépito

al suelo, y el cable extensible se había recogido de nuevo en el escritorio.

Salió corriendo de la oficina, directo a una lluvia fría cuyas gotas eran como alfilerazos, y miró a izquierda y derecha, confiando en que alguien más estuviera viendo aquello y pudiera ayudarlo.

El tipo alto reventó la última bombilla y dejó a oscuras la avioneta. Una lucecita de emergencia iluminaba la escena desde atrás.

—¡EH! —gritó Evan, agitando el brazo bueno.

Se acercó corriendo y siguió gritando «¡EH!», al hombre alto y a todas partes, con la esperanza de congregar a cualquiera con dos brazos operativos.

Uno de los empleados del hangar se dirigió al piloto e intentó detenerlo. Le cayeron tres golpes secos con la llave inglesa que le hundieron un lado de la cabeza; el ataque duró solo unos segundos. Cayó al suelo, sacudido por las convulsiones previas a la muerte. El piloto se acuclilló y se dispuso a aplastarle el resto del cráneo, como un troglodita rematando a su presa.

Evan se quedó de piedra. No era capaz de digerir un pánico tan intenso.

El piloto se deshizo de la llave inglesa con gran estrépito metálico, se acercó peligrosamente a la hélice izquierda, la rodeó, trepó al ala y se instaló en la cabina.

La avioneta dio una sacudida hacia delante y empezó a rodar solo con las luces de la aviónica de cabina: la pantalla de frío azul verdoso del Garmin G1000, que, pensó Evan, daba al rostro del piloto aspecto de alienígena.

Lo tenía paralizado la mirada perdida de aquel hombre.

Como un autómata, alargó la mano para coger algo que Evan no alcanzó a ver. De pronto, se produjo un estallido de ruido y llamas que reventó la ventanilla del lado derecho. Las balas del rifle semiautomático AK-47 le atravesaron el cuerpo como clavos calientes, haciendo que le flojearan las rodillas, se derrumbara su cuerpo, su cabeza gol-

peara el asfalto y quedara inconsciente en el acto. Mientras la Beechcraft a oscuras viraba hacia la calle de rodadura, Evan se fue desangrando.

Odessa pidió el filete con ensalada. Sin cebolla: no quería que le repitiera toda la noche. Pidió café porque aún estaban en pleno turno y eso era lo que bebían los agentes del FBI.

—¿Sabías que hay más restos de heces humanas en las cartas de los restaurantes que en ninguna otra parte del establecimiento? —dijo Leppo en cuanto se fue la camarera.

Odessa sacó del bolso un botecito de gel hidroalcohólico y lo plantó en la mesa como si atacara en un tablero de ajedrez.

Le caía bien a Leppo, lo notaba. Le recordaba a su propia hija y la entendía. Le gustaba tenerla bajo su tutela. En el FBI no había binomios. Él quería enseñarle lo esencial, la «forma correcta» de hacer las cosas. Y ella quería aprender.

—Mi padre vendió menaje de cocina por los cinco distritos durante treinta años, hasta que se le paró la patata —dijo Leppo—. Y siempre decía, y esta es la lección más importante que podría darte en tu tercer año como agente, que el sello de un restaurante limpio es su baño. Si el baño es higiénico, está ordenado y bien cuidado, puedes estar segura de que la zona donde se prepara la comida también. ¿Sabes por qué? —Se lo imaginaba, pero era preferible dejarlo pontificar—. Porque el mismo inmigrante chileno o salvadoreño mal pagado que limpia los baños limpia también la cocina. El sector hostelero al completo, y se podría decir que hasta la propia civilización, depende del rendimiento de esos peones de primera línea.

—Los inmigrantes son los que sacan el trabajo adelante —dijo Odessa.

—Héroes —añadió Leppo, y propuso un brindis con su taza de café—. Solo les falta limpiar un poco mejor las car-

tas.

Odessa sonrió, luego le supo la ensalada a cebolla y puso cara de decepción.

La primera llamada de emergencia llegó de Teterboro: un avión privado había despegado sin autorización de la torre. La avioneta había virado hacia el este, sobrevolado Moonachie y cruzado la interestatal 95 rumbo al río Hudson. Suponían que se trataba de una aeronave robada que seguía un patrón errático, ascendiendo y descendiendo unos miles de pies, y desapareciendo ocasionalmente del radar.

La Autoridad Portuaria de Nueva York y Nueva Jersey hizo público un aviso de emergencia. Se cerró Teterboro conforme a la normativa de la Administración Federal de Aviación, se cancelaron todas las salidas pendientes y el tráfico de llegada se redirigió al aeropuerto municipal de Linden, un pequeño aeródromo del sur de Nueva Jersey empleado principalmente para vuelos turísticos en helicóptero.

La primera llamada ciudadana a Emergencias llegó del operario de un remolcador del río Hudson, a menos de dos kilómetros al sur del puente de George Washington. Aseguraba que una avioneta sin luces había volado muy bajo entre el remolcador y el puente, produciendo «chasquidos» en la lluvia. Según el operario, sonaba como si el piloto le estuviera lanzando petardos a su barcaza y temía que fuera el comienzo de «otro 11S».

La segunda llamada a Emergencias fue la de un magnate de la moda que volvía a su casa en Fort Lee por el puente de George Washington y aseguraba haber visto «un dron grande» que se dirigía al Upper West Side de Manhattan.

Siguió una avalancha de llamadas de emergencia de residentes de Manhattan que aseguraban que un avión había hecho vibrar su edificio de apartamentos o su lugar de trabajo. Se vio a la avioneta sobrevolando Central Park, rumbo